

LAS HERMANITAS MISIONERAS DE JESUS FRANCISCANAS

Hace 25 años el entonces Arzobispo de La Serena, Monseñor Juan Francisco Fresno resolvió organizar una misión para toda la ciudad de Coquimbo. Presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas, laicos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, todos cooperaron.

Las Hermanas de Santa Marta, que dirigen un colegio de niñas en Coquimbo, eligieron a una de sus maestras, la hermana Gregoria Cicarelli para participar en la misión. La hermana Gregoria se instaló a vivir en los cerros de Coquimbo. En una capilla semi-abandonada, en una casita destartalada, estableció su centro misional. Viviendo en la pobreza, en medio de los pobres, al servicio de los pobres, descubrió una nueva dimensión del amor. Se entregó por entero a los habitantes de los cerros vecinos y ellos reconocieron en ella una persona que se interesaba por ellos y los quería.

Una tarde llegó a ver a la hermana Gregoria una jovencita que vivía en el barrio en que ella misionaba y la había visto trabajar. Le dijo a la Hermana que ella quería ser religiosa, pero religiosa “como ella”. Vivir entre los pobres y quererlos y servirlos por amor a Cristo. La madre la acogió: ese día nacieron las Hermanitas Misioneras de Jesús Franciscanas y esa primera hermanita, la hermana Florencia, es hoy día la Superiora General.

Tras la hermana Florencia fueron llegando una y otra y otra. Cerca de un centenar. De esas algunas se dieron cuenta que esa no era su vocación. Otras siguieron otro camino. Las más han permanecido hasta el día de hoy.

Todas han quedado con el sello de la comunidad: sencillez, amor a Cristo y amor a los pobres.

Misionar en los campos y en los barrios; atender a los ancianos y a los enfermos; educar niños y servir a los pobres allí donde se las necesita; colaborar en las tareas pastorales: catequesis, culto divino, organización de comunidades de base; animar religiosamente a la Cruz del Tercer Milenio; dedicarse a los niños enfermos de sida y a sus familiares. Siempre disponibles, siempre alegres, con sencillez y con entrega, trabajando mucho, viviendo pobremente, sirviendo a todos: así se ven a las hermanitas en Coquimbo o en Melipilla, en Cabildo o en Las Rejas. Su hábito gris, su velo, sus sandalias forman parte del ambiente, del paisaje casi de muchos lugares de Chile: una presencia de Cristo, discreta, efectiva, aceptada por todos.

El encuentro con San Francisco de Asís, la integración a la gran familia franciscana le han dado a las hermanitas un trasfondo espiritual sólido que saben expresar en su trabajo y en su vida con gran fidelidad. Como el Santo que las inspira, como Clara su discípula, “aman a Cristo pobre y crucificado” y lo aman en la persona de los pobres y de los crucificados por la vida.

Las Hermanitas Misioneras de Jesús Franciscanas son una gloria de la Iglesia de Chile.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena